

CUENCA TORIBIO, José Manuel. *Estudios de historia política contemporánea*. Madrid, Boletín Oficial del Estado y Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1999, 182 págs.

DAVID MOLINA RADADÁN (*)

Tucídides por boca de Pericles en su oración fúnebre a los muertos de la Guerra del Peloponeso ya advertía que el peligro para toda república no está en la discusión, sino en la apatía y desinterés. Pues bien, el profesor Cuenca hace suya en este su nuevo libro la responsabilidad de animar la «república de las letras» hispana, apegada a vivir de pasadas rentas, con las virtudes que han caracterizado su trayectoria profesional: espíritu abierto y comprensivo con el tiempo, los personajes e historiadores, estilo acabado y elegante que cuida sin caer en efusiones literarias, variada y rica bibliografía y un sentido crítico que lejos de extremismos desaforados afila cada argumento, cada situación despojándola de su carga de prejuicios y tópicos tan abundantes en la historiografía contemporánea de nuestro país.

Y los temas tratados en este libro a pesar de su aparente naturaleza miscelánea proporcionan la ocasión de medir su pericia en sortear unos escollos donde habitualmente ha venido a encallar la opinión intelectual. Cuatro son a mi juicio los hilos conductores de su discurso, centrado prin-

(*) Becario FPU-MECD.

cialmente en el solar español pero abierto plenamente a la influencia europea: el problema de la identidad nacional, la experiencia antiparlamentaria durante el siglo XX, la convivencia democrática con la Constitución y el modelo de hombre público como pilares básicos y su futuro en el espacio europeo de entresiglos.

En fin, todos ellos puntos de inapreciable interés no sólo entre el gremio de historiadores y demás humanistas, sino que acaban desbordándose hasta el ciudadano de a pie y en los que se ha vertido mucha tinta —y desgraciadamente sangre—.

Pero el autor no se arredra e incluso con la ecuanimidad y tacto que le caracterizan redobla sus esfuerzos y glosa algunos de los más enconados debates señalando tanto fallas como caminos de futuro que se ofrecen a una investigación muy falta de ellos que sólo con el ejemplo de la revisión bibliográfica de la Guerra Civil describe como de talante partidista, nada abierta a debates y con resultados mediocres y en sectores muy concretos que conviven con otros aún sin roturar: la intervención del Portugal de Salazar, la sociología del poder en ambos bandos....

Aunque el libro no es amigo de tonos proféticos o inquisitoriales, la imparable marcha histórica del Viejo Continente en este decenio finisecular debe hacer ver la necesidad de que saldemos nuestras cuentas pendientes con el pasado. Ya dijo Goethe que «la historia es el instrumento por el que el hombre se libera de su pasado». Un objetivo que con los inevitables desencuentros de toda experiencia humana parece por ahora haber alcanzado el éxito.

Todo ello ha sido posible gracias al extraordinario instrumento de reconciliación como es la Constitución de 1978. Una Carta Magna que en sus más de veinte años de historia ha superado todos los defectos sufridos por nuestra pasada herencia constitucional: ser una «literatura de cornabate» surgida de la crispación y partidismo políticos cuando no de una misma guerra, la transitoriedad de los textos y su escasa aceptación al no ser para la España de todos y la constante influencia foránea como referencia inexcusable (francesa para 1845, suiza y estadounidense para 1869, weimariana para 1931).

Aún así la prudencia de este veterano catedrático reconoce la caducidad de las obras humanas y por tanto ante la complejidad de una socie-

dad en rápida transformación socioeconómica y de pasado nacional tan dilatado y conflictivo las capacidades aún no agotadas de tan provechoso documento pueden llegar a ser insuficientes en un futuro más o menos lejano.

La Constitución de 1978 quedará de todas formas como el testimonio de uno de los mayores logros de la política española en la historia actual. Éxito que ha relanzado el interés por nuestra agitada vida política tan llena de dramatismo y enfrentamientos –«los intelectuales aman las catástrofes» diría Vargas Llosa– en unos momentos en que gran parte del globo vive su particular transición a partir de las utopías del hombre nuevo. El imprescindible desarrollo socioeconómico, una visión cabal de la razón de Estado que obligue a la necesaria «renuncia de los privilegiados», la colaboración de instituciones y fuerzas vivas de la sociedad (prensa, sindicatos, la Universidad y la Iglesia católica para España) y el apoyo, reconocimientos externos (variable que espera una mayor atención en el caso español) son algunos ingredientes de la gran receta democratizadora.

Pero ante todo la democracia como todo cambio político es una empresa cuidada, de educación y voluntad de convivencia, cualidades que son promovidas desde las jefaturas políticas y que en España han conocido en los últimos años un cambio de tradiciones y estilos. Comentando las características que un observador agudo y hasta clarividente como Azorín recomendaba para los políticos del parlamentarismo de masas a principios y que han pervivido unas sí, otras no el ejemplo de José María Aznar traza los rasgos principales de la política del nuevo milenio. Una política que tanto para España como para Europa ha de basarse en el equilibrio, tanto entre autoridad central y aspiraciones nacionalistas, entre Estado e individuo, entre competencias públicas y esferas privadas.... difícil tarea que sólo el conocimiento de sus potencialidades y de su tradición histórico-cultural para la política exterior y la moderación en la política interior pueden hacer triunfar.

Moderación, palabra que encuadró el despegue institucional del liberalismo por toda Europa y que a finales de siglo vuelve a recobrar su vigencia. Moderación que nos visita como legado de la década de los ochenta (era Thatcher-Reagan, de la paulatina impregnación, excepto el caso francés, de los partidos socialdemócratas de un espíritu de transacción fruto de sus responsabilidades de gobierno) y como instrumento para re-

solver los interrogantes que el ingenio de Fukuyama no acertó a proponer: el diálogo Norte-Sur, la posición de Rusia, el nuevo papel de Alemania (de gran interés el contrastar las opiniones de Furet y Dahrendorf en los respectivos artículos sobre sus libros)...

Y para completar el circuito, moderación será la capacidad exigida por los ciudadanos a sus gobernantes. Esta cualidad por tanto se constituye en uno de los mejores antídotos para las dictaduras o en todo caso para su perpetuación. Del análisis del régimen primorriverista y de la obra de Franco se desprende que uno fracasó sin paliativos por excluir de los foros públicos a la derecha dialogante y con miras de futuro (lo que no ha de llevar a la opinión historiográfica a considerarla un amago del franquismo o un caballo de Troya fascista) y el otro su mantenimiento en el poder sólo se hizo posible a través del apoyo de los cuadros castrenses, que por oposición se encuentran en la otra orilla de la sociedad civil, y de determinados sectores de la élite social y económica.

En todo caso su aislamiento les hace encontrarse indefensos ante la opinión pública y las crecientes exigencias de poder y participación política de la ciudadanía. De nuevo la capacidad de pacto y concordia ante los vaivenes de la política exterior, la economía y las disensiones internas se revela decisiva para seguir una política constante y firme, que no camine al borde del precipicio extremista ni quede empantanada en la marisma de la inercia e inactividad.

Los caminos que se abren para España en este fin de milenio son tan variados como las posibles combinaciones de su futura organización. Una España que fuera de su carácter trino por principio monárquico y herencia histórico-jurídica o indivisible como fruto de la herencia liberal y administración moderna ha de respetar las sendas que le marcan el futuro –la marcha hacia la unidad europea con su inevitable secuela de producción bibliográfica sobre principios de soberanía, nación y Estado– y la democracia –el respeto hacia un marco constitucional inagotado y rehuir de la dictadura de las minorías–. Sin embargo, tal debate a pesar de los hechos que explican su actualidad –que más bien habría que encuadrarlos en el conflicto más universal de la lucha por los derechos humanos y las más elementales libertades públicas– se prolonga en demasía si con ello se olvidan discutir, lo que a menudo sucede en el apagado pulso del debate intelectual español, los matices como diría Renan del sugestivo proyecto de vida en común que al fin y al cabo

es el alma de toda nación: qué es España puede ser qué queremos para España.

En suma, una obra de resumida extensión pero que revela el carácter atento y audaz de su autor al reconocer la progresiva recuperación de la historia política en nuestro país y perfeccionarla con su dedicación al trayecto de los últimas décadas y su llamada a conectarla con el resto de sociedades políticas europeas.